

SUEÑO O REALIDAD.

Juan vivía en Zaragoza con sus padres y su hermana pequeña. Tenía 12 años y era un niño listo, curioso y muy inteligente. Le encantaba la historia, por eso sus padres solían llevarle a innumerables museos. Por muchos museos que visitaba, su favorito, sin duda era el Museo de Zaragoza, donde podía encontrar desde arte romano hasta preciosos cuadros de Goya. Deseaba que, algún día, cuando fuese mayor, supiese dibujar tan bien como él.

Un día de invierno, su profesora les anunció en clase que tenían una excursión.

Juan y sus compañeros irían a visitar el museo de Zaragoza. ¡SU FAVORITO!

Sus compañeros, en la entrada, gritaban y alborotaban como si nunca en su vida hubiesen estado antes en un museo. Juan como de costumbre se había llevado su lápiz y su cuaderno por si le daba tiempo a copiar algún cuadro. Cuando entraron en

el museo una chica muy agradable y sonriente se presentó y les explicó que ella iba a ser su guía y que les iba a acompañar durante su visita. Se llamaba María.

En la primera parte de la visita Juan se lo pasó muy bien: respondió a todas las preguntas que María iba haciendo, preguntó sus dudas,... Hasta que empezó a aburrirse.

Decidió, que mientras el resto de la clase estaba viendo los mosaicos romanos, él iría al baño y se daría una vuelta por la planta de arriba donde se encontraban todas las obras de arte que a él tanto le gustaban. Cuando nadie le observaba, subió por la gran escalinata del museo que le conducía a su sección favorita.

Se quedó un buen rato observando detenidamente los cuadros de sus pintores favoritos hasta que se decantó por intentar replicar el Retrato del Rey Fernando VII. Se lo estaba pasando de maravilla hasta que oyó una voz que le resultaba muy familiar. ¡La de su profesora del colegio! Se sobresaltó de tal forma que se le cayó el cuaderno con el que estaba dibujando al suelo.

María le miraba todo el tiempo con cara de enfado porque pensaba que se había escapado del grupo porque no le interesaba el museo ni sus explicaciones.

Sin embargo a Juan se le ocurrió de repente otra de sus ideas estrambóticas: pasar la noche en el museo para poder copiar todos los cuadros que le quisiera.

Cuando estaban terminando la visita, nadie se dio cuenta de su ausencia. Todos estaban pensando en el fútbol y las otras extraescolares de la tarde. Juan estaba

emocionado. Al fin tendría el museo para él solo. A la hora de cerrar se fueron apagando las luces poco a poco. Se escondió detrás de una escultura en la planta de arriba y el guardia de seguridad no pudo verle. Entonces se dió cuenta de su estupidez. Si no había luz no podía copiar ningún cuadro. Ahora no podía llamar a sus padres ni a nadie y empezaba a sentir frío.

Intentó bajar, pero había una puerta cerrada a cal y canto y no había forma de escapar de allí.

Eran más de las diez de la noche y tenía hambre y sed. Lo que él no sabía es que sus padres estaban preocupadísimos al no encontrarle.. Todos los profesores de colegio le estaban buscando por las calles, pensaban que se había perdido de regreso al colegio o que alguien se lo había llevado.

Mientras tanto a Juan le parecía que le miraban todos los personajes de los cuadros. Tenía la sensación de que le observaban y le seguían allá donde fuese.

Estaba tan agotado que se sentó en el sillón del vigilante para descansar y acurrucarse. ~~Le dolía el estómago del hambre que tenía. Miró el reloj y vió que eran casi las doce de la noche.~~

De repente estaba rodeado de pinceles, de telas sucias y de un olor fuerte y parecido a madera. Un señor que gritaba mucho estaba frente a uno de los cuadros favoritos de Juan y se quejaba que no quedaba como él quería. Juan intentó hablar con él y pedir ayuda pero el señor gritón no le oía. Era como si fuera sordo. Juan gritaba y gritaba asustado. Sin darse cuenta tiró un bote de pinceles... Juan no paraba de llorar.

Oía su nombre a lo lejos pero no era el señor que pintaba. Abrió los ojos poco a poco y vió una luz de una linterna. De golpe alguien encendió la luz. Era la policía buscándole. Pero Juan no estaba en el sillón donde se había quedado dormido. Estaba en el suelo. Le dolía más la espalda que el estómago.

-¡Buenas noches chaval!- le saludó un policía. - Menos mal que te ha cuidado Goya esta noche, ¿eh?.

Juan levantó la vista y se dió cuenta que estaba a los pies de la estatua de Goya. En ese momento se dió cuenta que todo lo había soñado. Había estado, aunque solo fuera en sueños, en el taller de su pintor favorito.

Abrazó a sus padres y mientras bajaba las escaleras se preguntaba cómo había llegado del sillón a la estatua.

-¡Que preocupados nos has tenido! - le dijo su madre- ¡Cuando llegues a casa te vas a enterar! Todos buscándote durante horas... Aunque primero te das un baño. Hueles a madera y a pintura rancia y estás manchado como si hubieras estado en un taller... ¿Dónde has estado metido?

Juan se quedó callado. ¿Había sido un sueño o una realidad?
